

LA INTERNACIONAL SOCIALISTA

Las primeras reuniones de la Internacional Socialista tenían un carácter de casi conspiración: delegados que saltaban clandestinamente las fronteras de sus países, nombres supuestos, miedo a los asaltos... El Congreso de la Internacional Socialista, que se abre el 12 de enero en París, se celebra en el palacio de Luxemburgo —residencia del Senado— de París; el presidente del Senado, Alain Pöher —que no es socialista—, da la bienvenida a los delegados, y, entre éstos, si bien los habrá también clandestinos de países donde el socialismo como partido no está aceptado, hay jefes de Gobierno, ministros, grandes personalidades públicas: el primer ministro de Austria, Bruno Kreisky; Olof Palme, de Suecia; Joergensen, de Dinamarca; Golda Meir, de Israel... Willy Brandt no asiste, pero envía a personalidades de su partido gubernamental.

PARCE preciso trazar brevemente la historia de las Internacionales. La I Internacional Obrera fue la que fundaron Marx y Engels —en Londres, 1864—, bajo el lema de «Proletarios de todos los países, uníos». No consiguió realmente esa unión: socialistas y anarquistas se enfrentaron, Marx y Bakunin rompieron definitivamente, y la Internacional se disolvió en 1876, cuando tenía su sede en Nueva York. La II Internacional Obrera se fundó en París en 1889, y fue celebrando sus reuniones en las capitales de Europa que, según las circunstancias, le eran más propicias. Su principal problema fue la escisión entre los partidos estrictamente revolucionarios y aquellos que aceptaban formar parte de coaliciones gubernamentales; claramente, entre comunistas y socialistas, según los términos más comúnmente aceptados. La cuestión esencial era la guerra: mientras los partidos comunistas se oponían a la participación en la guerra que, según sus doctrinas, la hacía y la sufría el pueblo en beneficio de las clases dirigentes y que iba en contra del internacionalismo obrero, los socialistas se sentían principalmente nacionalistas. La escisión entre comunistas y socialistas fue marcada, sobre todo, por la guerra que finalmente vino en 1914, y con ella murió la II Internacional. La III Internacional la crearon ya los comunistas en Moscú en 1919, después de su revolución triunfante, con un organismo especialmente poderoso y activo, el Komintern; se disolvió en mayo de 1943, como una muestra de la Unión Soviética de amistad hacia sus aliados capitalistas de la guerra: no pretendía ya exportar la revolución mundial. Fue la última Internacional comunista. Más tarde, en 1947, se fundó (Belgrado) un Kominform, como respuesta de guerra fría, volcado sobre todo hacia la Europa del Este: fue un instrumento débil, y desapareció en 1956. Hay que contar también con una IV Internacional heterodoxa, la fundada por los trotskistas: por el propio Trotsky (con su «Programa de transición») en 1938, y no ha escapado al destino de las escisiones (los grupos de Germain-Frank, De Pablo, Lambert, Posadas...), aunque todavía existe.

Los socialistas escindidos de la II Internacional formaron la Internacional Socialista Obrera en 1923. La formaban partidos oficiales y también los clandestinos, los emigrados, los ilegales. En algunos países existían varios partidos socialistas enemigos entre sí; como todos pertenecían a la Internacional, sus reuniones eran bastante disputadas y sus esfuerzos de unificación internacional baldíos. Se reunió por última vez en 1931. Después de la guerra, los partidos socialistas se reunieron en Inglaterra y decidieron no reconstruir la Internacional, sino mantener conferencias periódicas, excluyendo a los emigrados, y no aceptaron para esas conferencias más que un partido por cada país. Excluyó poco a poco a los más revolucionarios. Primero, a los de Europa del Este (que formaban coalición con los partidos comunistas dominantes); luego, a los socialistas italianos de Pietro Nenni. Finalmente, la mayor parte de sus miembros fueron abandonando el marxismo, algunos con declaraciones muy explícitas, como la de los laboristas británicos: «Nuestro partido funda su política en principios democráticos, por los que los reformadores religiosos han combatido en Inglaterra antes de que naciese Marx». Finalmente se resucitó la Internacional Socialista (Francfort, 1951), y resultó ser un instrumento de la guerra fría: es decir, una organización dominada, sobre todo, por el anticomunismo. Esta cuestión amargó a los socialistas de los países subdesarrollados, que esperaban ver una solidaridad socialista internacional en su favor y encontraron que no se planteaba más problema real que el de las relaciones entre el Este y el Oeste.

La Internacional Socialista Obrera ha continuado reuniéndose cada tres años, y este que comienza se reúne en París. Como queda dicho, es ahora un Congreso de grandes figuras internacionales. Representa

unos sesenta países, y en bastantes de entre ellos el socialismo es la forma de gobierno; más bien, el partido en el poder. En muchos otros forma la oposición legal, la oposición que ha ocupado ya el Gobierno o puede llegar a ocuparlo (como pasa con los laboristas británicos). Tiene una curiosa incidencia en la política francesa. Cuando se decidió este Congreso de París no estaba aún preparada la coalición de izquierdas entre socialistas y comunistas franceses ni estaban decididas las fechas electorales. Ahora, el Congreso, con su constelación de primeras figuras, constituye una gran propaganda para los socialistas franceses en víspera electoral. El Gobierno francés se siente herido, y decide no recibir oficialmente a los jefes de Gobierno que acuden a la reunión (el Senado es un organismo soberano que no depende del Gobierno: si les cede su salón y les recibe oficialmente es en la medida en que lo ha hecho ya con otros congresos políticos de distinta índole). Es la razón por la cual no acude Willy Brandt, sino que envía a sus delegados. Willy Brandt va a visitar oficialmente a Pompidou el 22 de enero, en tanto que canciller de la RFA, y no quiere confundir los dos terrenos. En cambio, para Golda Meir —que es vicepresidente de la Internacional y no ha dejado de asistir nunca a un Congreso— es una magnífica ocasión: las relaciones de Israel con el Gobierno francés son difíciles, y supone un placer para ella —un placer maligno— molestar a Pompidou. Sobre todo, si, como se prepara, los judíos de Francia —600.000, contando solamente los integrados en asociaciones o comunidades— la tributan un recibimiento espectacular que compense la falta de recibimiento oficial. Y los votos judíos se le podrían escapar al Gobierno, aunque no parece muy claro que vayan a ir a favorecer la coalición de la izquierda...

La Internacional Socialista se encuentra ahora en un momento muy importante. En primer lugar, su instrumentación anticomunista ha dejado de interesarle. Ya no es tema en Europa, queda reservado a las extremas derechas, y no obtiene de él el beneficio que esperan. El partido socialista francés, que es su anfitrión, está unido electoralmente al partido comunista (y esta vez, la prensa comunista francesa no ha dicho una palabra contra la Internacional Socialista, como era habitual), y otros partidos europeos —como el italiano— están pensando seriamente la posibilidad de ampliar hacia los comunistas su posibilidad electoral. Es posible que en este Congreso se oigan algunas propuestas de mano tendida hacia los comunistas, como es posible también que se oigan protestas contra ellos procedentes de los países donde la enemistad no se ha saldado. Prudentemente se ha decidido que las

Una de las reuniones de la Internacional Socialista que se celebró en Londres. De izquierda a derecha, sentados: George Brown (Gran Bretaña), Willy Brandt (Alemania Federal), Harold Wilson (Gran Bretaña), H. Otto Krag (Dinamarca), Tage Erlander (Suecia), Moshe Sharett (Israel); de pie: Fritz Gruetter (Suiza), J. G. Sunshof (Holanda), A. Vondeling (Holanda), Bruno Pittermann (Austria), Antonio Cariglia (Italia), y Trygve Bratteli (Noruega).



LAS ALEMANIAS

reuniones se hagan a puerta cerrada; se sabrá del Congreso lo que diga el comunicado final y lo que se pueda escuchar en una conferencia de prensa que se dará después de la última sesión. Aunque puede esperarse que las indiscreciones sean muy numerosas y se pueda tener una versión bastante completa de lo debatido.

EN segundo lugar, el socialismo está en estos momentos en una ola ascendente. No es sólo el hecho ya anotado de que gobierne en muchos países, sino de que las tendencias electorales le son favorables en puntos muy distintos del planeta. Ha ganado en Australia, en Nueva Zelanda, en el Japón. Y en Holanda, en Bélgica —donde un socialista está ahora formando Gobierno—, en Alemania Federal. No ha tenido éxito, en cambio, en las elecciones canadienses: América del Norte no es favorable al socialismo, y los Estados Unidos tienen el nivel absoluto más bajo de miembros del partido socialista (unos 3.000). ¿Por qué? Los politólogos se esfuerzan en comprender este movimiento y buscan sus precedentes. Por ejemplo, hubo «olas» socialistas —pero sin esta fuerza— al final de las dos grandes guerras mundiales: podría ser una reacción contra la guerra, podría ser la idea de que el socialismo era más apto para representar los ideales igualitarios y fraternales de las democracias vencedoras en las dos guerras. La hubo también en 1930, y se suele atribuir a la depresión económica de los Estados Unidos (1929), que afectó a todo el mundo, y pudo hacer pensar que el sistema capitalista estaba en quiebra. Mauricio Duverger piensa que las causas de la ola socialista del momento actual son: la crisis monetaria, la inflación, que hacen sentir inseguridad en los sistemas actuales y causan perjuicios materiales a los votantes; las mutaciones fundamentales en las relaciones entre las grandes potencias; la izquierda y la desconfianza de las naciones del mundo con respecto a los Estados Unidos y su política capitalista; el «deseo oscuro de cambiar la vida», que mina por debajo las sociedades industriales capitalistas; el desgaste de los partidos liberales, conservadores, democristianos después de muchos años en el poder...

CONVENDRIA anotar aquí, sobre todo como factor muy importante, la lenta transformación de los partidos socialistas e incluso de los comunistas. Está explícita en la breve historia antes trazada de las Internacionales Obreras: los socialistas reformistas se van separando poco a poco de las aspiraciones revolucionarias del siglo XIX hasta llegar a ser estos partidos gobernantes con líderes respetuosos para la industria y el capital, para las monedas nacionales, que lo que pretenden es simplemente que la reforma de las estructuras burguesas permita albergar en ellas a los trabajadores con un creciente nivel de vida y la mejora general de las condiciones sociales. Como esas estructuras burguesas y capitalistas disponen hoy de una abundancia considerable, no les es demasiado difícil conceder lo que los partidos socialistas les piden; incluso ven en ellos una defensa mejor contra la revolución que la que pueden suministrar los rígidos partidos conservadores. Los partidos socialistas pueden ofrecer una imagen de sociedad tolerante, mucho más beneficiosa para el consumo, que las sociedades rígidas de la derecha. Estos puntos de vista parecen prevalecer hoy en numerosos países. Incluso los partidos comunistas parecen mantener esa tendencia al reformismo, a la adaptación al sistema. Sobre todo, desde que el revolucionarismo se lo han llevado los grupúsculos, algunos trotskismos, algunos anarquismos, algunas guerrillas. Los partidos conservadores tradicionales están fallando en la adaptación a la nueva etapa —dure el tiempo que dure— de coexistencia, de final de guerra fría; los socialistas, aunque fueron guerreros fríos, son más aptos para esta reconversión.

PERO queda el miedo. Los grupos más conservadores no están seguros de que los nuevos socialismos reformistas y reformados, moderados y suaves, no puedan transformarse de nuevo en los revolucionarios decimonónicos. La dulzura del «modelo sueco» —o del danés, o del alemán federal— no acaba de convencerles. Sobre todo, desde la alineación francesa junto a los comunistas. Los conservadores de Francia, por ejemplo, no tuvieron nada que temer del socialismo gobernante durante unos meses en 1946: sus representantes tomaron sobre sí algo de lo más rudo de la guerra de Argelia, y fueron tan moderados en sus reformas sociales que perdieron para el futuro inmediato muchos puntos electorales. Pero desconfían de este nuevo socialismo «a la chilena». Temen que una vez en el poder se quiten la piel de cordero y aparezca la piel de lobo con que ellos lo han visto siempre: y aparezcan las nacionalizaciones, las colectivizaciones... ¡Y hasta la revolución!

CON todos estos previos, el Congreso de la Internacional Socialista de la semana que viene en París aparece como especialmente interesante. Tiene una oportunidad histórica que pocas veces se le ha presentado. Quizá la sepa aprovechar. De todas maneras, las diferencias entre socialistas y socialistas son demasiado grandes, y la tendencia unitaria no ha aparecido con fuerza hasta ahora.

Willy Brandt descansa —teóricamente— en Fuerteventura. Dice que su principal problema, su principal lucha por el momento es contra el tabaco; está dejando de fumar por orden facultativa, como consecuencia de una afección a la garganta. Pero hay personas que dicen que, en realidad, Brandt tiene un sueño político: la reunificación de las dos Alemanias. Sería algo para dentro de muchos años, cuando realmente las tensiones de Europa hubiesen desaparecido definitivamente. La reunificación que Adenauer no pudo conseguir por la vía armada, Brandt querría conseguirla por la vía pacífica y de cooperación. Supone para ello que en la República Democrática existe el mismo deseo que en la Federal de formar



un solo país. Y supone que en el futuro su partido social-demócrata podría llegar a una coalición con el partido de unidad socialista (comunista) de la otra Alemania, mediante una especie de programa común de gobierno, más o menos parecido (teniendo en cuenta las circunstancias nacionales propias) al de la unión de la izquierda francesa. Para ello tendrían que suceder cosas muy importantes en Europa. La primera, una retirada de tropas extranjeras (de la URSS y de los Estados Unidos); la segunda, una posibilidad de neutralización de Alemania (a la manera austriaca o a la finlandesa), pero sin perder de ninguna manera las ventajas del Mercado Común y de las instituciones europeas en activo o en preparación, y quizá sosteniendo también las de las instituciones comunistas al mismo tiempo (el Comecon, por ejemplo). Sueño difícil y complicado, pero que nadie se atrevería a profetizar como imposible para dentro de cinco, diez o veinte años.

Para la posibilidad de una coalición de este tipo, serían imprescindibles dos hechos: que el comunismo de la República Democrática, que es de los más rígi-

dos de su bloque (por el papel que ha tenido que desempeñar en la guerra fría), se suavizase, se moderase, y que el partido social-demócrata avanzase un poco más en el camino del socialismo. De los dos hechos hay ya algunos datos incipientes. A partir de la ratificación de los tratados de las dos Alemanias y del establecimiento mutuo de representantes en mayo comenzará la ola de reconocimientos europeos de la RDA (Bélgica se ha adelantado ya y ha reconocido a la RDA; van a intercambiar embajadores), y puede augurarse que el deshielo va a comenzar realmente. Su misión de defensora del bloque comunista frente a la «Alemania revanchista» ha terminado. Al mismo tiempo, su nivel de vida sube rápidamente.

En cuanto al avance en la vía del socialismo moderado de Willy Brandt, parece que el limpio cuatrienio de gobierno, con poca oposición que tiene por delante, va a ser decisivo. Se verá en el discurso de apertura del nuevo parlamento, el 18 de enero, discurso que está preparando en Fuerteventura, y en la política subsiguiente. La cuestión esencial parece que puede estar en el llamado «Mitbestimmung», o sistema por el cual obreros y patronos tienen asiento por igual en los consejos directivos de algunas industrias. Esto sucede ya en la gran industria del carbón y del acero, mientras en otras de envergadura menor, los obreros tienen una participación menor sin ninguna capacidad real de decisión, ni siquiera de influencia. Brandt pretende que la igualdad entre patronos y obreros exista en toda clase de industrias que empleen más de 2.000 personas. Los sindicatos apoyaron a Brandt en las elecciones sobre la base de esta posibilidad. Sin embargo, el pequeño partido liberal, que forma coalición con la social-democracia, no está enteramente conforme: representa intereses del capital pequeño y medio. En estos días, las negociaciones entre los dos partidos son muy intensas para llegar a un acuerdo.

Probablemente, el obstáculo más grave para esa supuesta y lejana reunificación de Alemania por coalición y confederación esté fuera de ella. Ni los Estados Unidos ni la URSS, ni mucho menos los países europeos, desean ver por ahora formarse en el centro de Europa un gran país de enorme poderío económico (no olvidemos el «otro» milagro alemán, el de la poderosa producción industrial de la República Democrática), ni lo han deseado nunca: si otra cosa han dicho y proclamado, era por razones de propaganda y de guerra fría. ■ J. A.